comprueban que el cambiavías sigue ahí: la profesión que enseñaba a operarlo ha perdido buena parte de su viejo prestigio a causa de los continuos accidentes, pero tal cual iluso todavía se obstina en forcejear con la palanca. Hace falta.

ANDRÉS HOYOS

Efraín González, divino demonio

Efraín González: la trágica vida de un asesino asesinado
Pedro Claver Téllez
Editorial Planeta, Santafé de Bogotá, 1993, 616 págs.

Este nuevo y voluminoso libro, que nos entrega el periodista y profesor universitario Pedro Claver Téllez, viene a complementar la escasa bibliografía sobre el recurrente fenómeno de la violencia en los albores del Frente Nacional, en una región del nordeste de Colombia.

En esta crónica, el autor combina la imaginación periodística y literaria con la historia real de un personaje entrelazado con los hechos y gentes de una parte de la antigua provincia de Vélez. Es una manera de utilizar la técnica de la novela para contar una realidad; es la relación entre novela e historia para presentar la sociedad en sus múltiples y contradictorias facetas. Así, el quehacer literario se ha venido perfilando últimamente en obras como *La otra raya del tigre* (1983) de Pedro Gómez Valderrama, *Los pecados de Inés de Hinojosa* (1986) de Próspero Morales Pradilla, y ahora Pedro Claver Téllez hace lo propio con su libro sobre las características socioculturales e historicopolíticas de un contexto determinado en un momento dado.

El estilo periodístico-literario de poner a hablar a personajes de la política colombiana sobre hechos colombianos a propósito de la violencia es un recurso metodológico que, además de cobrar actualidad, le da fuerza a la crónica escrita por Téllez sobre Efraín González.

Efraín González nació en Jesús María (Santander) en 1933. Sus acciones bandoleras en el decenio de los cincuenta en el Quindío y en los sesenta en Santander y Boyacá lo hicieron famoso. Fue abatido por el ejército en 1965 en Bogotá.

La intriga, la ficción y la trama de relaciones entre individuos, partidos, grupos y personajes nacionales le da, como ya se dijo, un aire de novela a una realidad histórica que algunos conocen a medias, otros desconocen por completo y una gran mayoría no le da importancia. Hechos como el secuestro de los Vargas, conocidos por la prensa pero poco estudiados, aquí quedan, desde una perspectiva literaria, al descubierto para que otros investigadores continúen, acumulen y profundicen en el conocimiento del tema y la zona estudiada y aporten al andamiaje de la historia política del país.

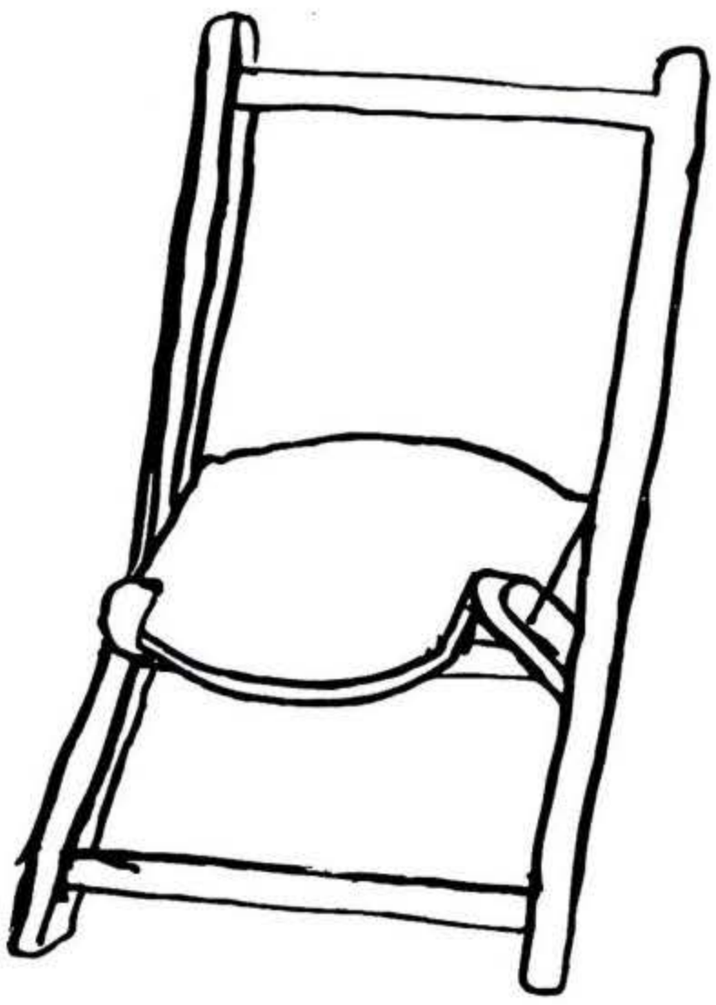
El partido conservador, el partido liberal, el MRL y la Anapo, tienen en esta crónica su puesto, al relacionar las actividades y afectos de algunos de sus máximos jefes con Efraín Gónzalez.

El trabajo de Pedro Claver Téllez, como él mismo lo manifiesta en la página 190, es algo así como una novela "que ha tejido la realidad". Es una fusión de hechos verídicos y fantasía literaria, una forma de surrealismo que, sobre el tema de la violencia, deja sus huellas. De vengador a bandolero común, según el autor, Efraín se iba convirtiendo poco a poco en la representación del bandido social que encarnaba los anhelos de muchas personas que, como él, lo habían perdido todo. En eso quizá está lo dramático de los actos de vida, amor y muerte de "un asesino asesinado".

Por otra parte, el incipiente paso a bandolero social quizá pueda relacionarse también con su presencia en la zona esmeraldífera de Boyacá, con la aquiescencia de los dominicos y la "pacificación" propuesta por González a principio de los años sesenta.

Es interesante señalar la agilidad literaria de Pedro Claver para representar los hechos. Por ejemplo, al referirse a un sueño de don Martín Vargas, manifiesta: "El sueño estaba poblado de vacas enanas que hablaban, gallos que apostaban dinero a su propia muerte y perros que votaban en las elecciones".

Después de una precisa descripción del paisaje natural y cultural, otro aspecto que aquí queda señalado es el papel que desempeña la leyenda inventada por el imaginario popular, ya sea por admiración o por miedo a los personajes de las características de Efraín González (veánse págs. 262-263 y sigs.). Que se convertía en gato, en una mata de plátano, que tenía tratos con el diablo, estaba ligado, era adivino y sabía quién lo delataba... De todo esto se valen tales personajes para hacer crecer su dominio, su respeto, su poder. Estas formas de pensar tenían elementos comunes en las diferentes zonas de violencia de la época en Colombia.

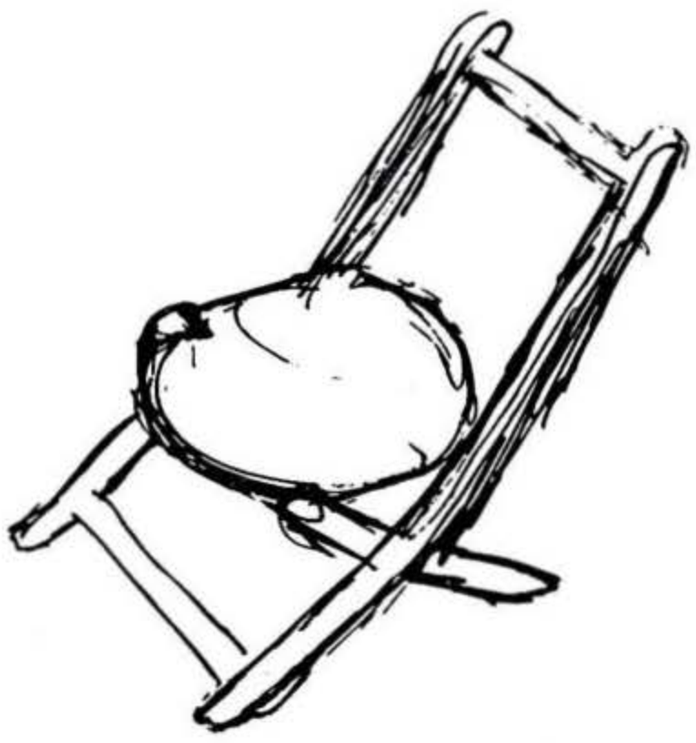


Por otra parte, se colige del escrito de Téllez que las principales armas de González eran el terror y el mito; recuérdese el suceso del secuestro descrito en el capítulo tres.

Estos puntos, manejados por el bandido, impedían que dieran con su paradero; por ejemplo, en la página 292 se lee: "El se mantiene cerca de los telefonistas y ellos le comunican todos y cada uno de los desplazamientos de sus perseguidores". Así, González estaba al tanto de todo por cualquier medio; su leyenda crecía, con la fama lo podía todo; este aspecto era común también a otros personajes en otras regiones del país.

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

De todas maneras, la imaginación literaria de Téllez le permite deslizarse audazmente con plumazos que, si el lector no está atento o desconoce el tema y la zona, lo desconciertan. Préstese atención a lo humorísticamente expuesto por el autor cuando, al referirse a uno de los negociadores en el caso de los Vargas, en lo relacionado con la entrega de los trescientos mil pesos en la calle 17 con carrera 11, manifiesta: "[...] y sólo cuando ya estaba en la calle, cayó en cuenta que 'voz misteriosa' no aclaró dónde sería la cita si en Bogotá o en Chiquinquirá" (pág. 303).



En todo caso, al concluir el libro, el lector queda empapado, entre otras cosas, de la presencia de Efraín en el Quindío, el regreso a su tierra, Cachovenao y sus coqueteos con la Anapo después de no creer en los políticos, ni siquiera en los de su propio partido, el conservador (por ejemplo, en el presidente de la época: Guillermo León Valencia).

En el libro de Téllez (especialmente a partir de la cuarta parte: "El día más largo"), los personajes y sitios de Chiquinquirá y sus alrededores quedan descritos de una manera dramática y apasionante para los amantes de la historia de vidas o de las historias regionales desde una perspectiva literaria y periodística. Esa parece ser su propuesta metodológica.

Claro que para que hubiera sido una verdadera historia novelada se requería, entre otros elementos, haber creado personajes además de hacer mención a consultas bibliográficas y al método empleado en la recolección de la información. Sin embargo, hay que reconocer que de esta región de Boyacá, cerca de los límites con el sureste de Santander en Colombia, poco es lo que se conoce de bibliografía, excepto los estudios rigurosos de Javier Guerrero (*Los años del olvido* [1981]), Mario Aguilera (*Los comuneros* [1985]) y Pedro Matéus (*La Belleza, un pueblo de Santander* [1982]) ahora el interesante trabajo que nos presenta Pedro Claver Téllez sobre Efraín González.

Un croquis, un mapa, unas fotografías de los sitios y los hechos y costumbres de la época en la región estudiada hubieran ubicado mejor al lector en el tiempo y en el espacio, a la vez que el texto hubiera logrado una ilustración oportuna y significativa desde el punto de vista del periodismo investigativo.

En síntesis, por las 616 páginas se despliegan trazos mágicos, no sólo en la mítica vida de Efraín González, sino en los sueños, anhelos, desconciertos y saberes, creencias y costumbres de los habitantes de esta martirizada, vilipendiada y mal comprendida región de la patria. Porque si algo caracteriza la imagen que de la zona mencionada tienen en el ámbito nacional como en el internacional los diferentes sectores sociales, es que se trata de un escenario como el descrito en *La divina comedia*: "Un Infierno", una tierra de bárbaros, de individuos sin Dios y sin ley, aunque en el fondo estas gentes hayan estado, desde tiempo atrás, aferradas a las tradiciones católicas.

Esta imagen es producto, en buena parte, de una situación social nacional a la cual no escapa casi ningún rincón del país (cuántos Efraínes no ha tenido Colombia; cuántos personajes de estos aún inéditos no están esperando un estudio serio de los científicos sociales), porque también surge esa visión de los juicios de valor, de la tergiversación, del síndrome de la chiva, del facilismo periodístico, del rumor sin confirmar, del chisme, de la habladuría sin fundamentos y, claro está, del imaginario popular, factores estos utilizados siempre de acuerdo con los intereses de cada grupo o fracción social involucrados o no en la trama que nos ofrece el autor de la obra que aquí hemos reseñado.

HÉCTOR BARBOSA
Universidad Central

Miguela empapelada

Los papeles de Miguela
Jairo Aníbal Niño
Carlos Valencia Editores,
Santafé de Bogotá, 1994, 70 págs.

Jairo Aníbal Niño es un autor que ya no necesita ser presentado a los niños colombianos. Junto con Elisa Mújica, Celso Román, Roberto Rubiano y Pilar Lozano, entre otros, ha ido conformando un grupo de escritores que ya tienen su propio público infantil. Carlos Valencia Editores ha desempeñado, también, un papel fundamental en la formación de esta pequeña biblioteca de literatura colombiana para niños. Entre los textos publicados por ellos están: *La alegría de querer* y *De las alas caracolí,* del mismo Niño; *Las cosas de la casa* de Celso Román; *Una aventura en el papel,* de Rubiano, y otros muchos.

Los papeles de Miguela es uno de los últimos libros de Jairo Aníbal Niño. En él, Niño trabaja tanto la narración como la prosa poética. Es una especie de caja de regalos de la que, una vez abierta, saltan varios juguetes: más textos.

Alejandra es una estudiante de medicina que, un día, al tratar de entender por qué llueve en la mitad del hospital mientras en la otra mitad hace sol, conoce a Miguela, una niña sabia que, desde una silla de ruedas, le responde

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.